

D.

Núm. 6

REVISTA Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

Teléfono, 2991

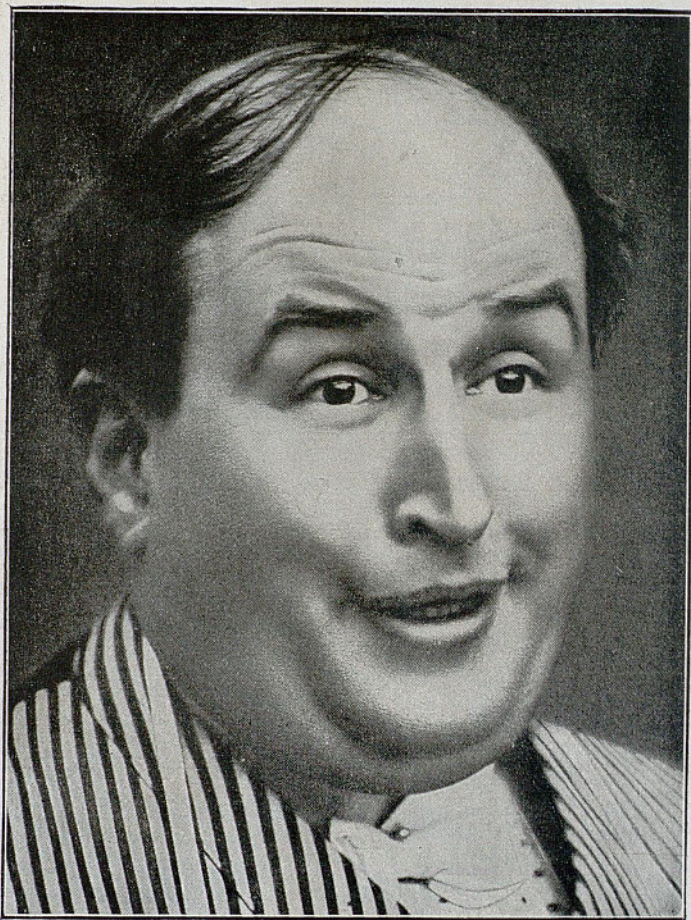
Sucursales { MADRID, Fúcar, 22, pral.
BILBAO, Colón de Larreátegui, 15 y 17.

UNA ESCENA DE LA PRECIOSA PELÍCULA DRAMÁTICA



ARREBATO CIEGO

Los artistas de los Teatros Gaumont



MR. LORIN

Variedad del Programa Gaumont n.º 6 D.

Cinematografía en color Gaumont

COMEDIA

AMPLIACIÓN

N.º 4129

Las audacias del corazón

Largo: 317 m. Color: 275 m. Palabra telegráfica: AUDACE

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
Erretra	4136	Dramática Arrebató ciego	542		Cartel	7
Ambulan	4159	Dramática Abnegación y caridad	398	345		13
Trombone	4158	Cómica El campeón del trombón	261	213	Ampliación.	19
Doctore	4131	Comedia La Doctora	209	180		24
Onecali	4185	Cómica Don Picorete se casa... Calino también.	167	149		26
Poisson	1160	Científica Peces exóticos	90	74		29
Novgoro	4155	Documentaria La feria de Nijni Novgorod	95	82		30
		Actualidades Gaumont Actualidades n.º 6. Cuarto Año.				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.



PROGRAMA N.º 6 D.

Cinematografía en color

Gaumont

COMEDIA

Las audacias del corazón

En sus dominios de Douncarthy, Sir J. W. Glenarvan, acaudalado «gentleman farmer» vivía plácidamente en compañía de su encantadora esposa Maud y de su joven hermana Betsy, deliciosa niña de sedosa y rubia cabellera y de facciones delicadas y puras. El baronet adoraba a su mujer, mas cuando los ladridos de los perros y los sonos de las bocinas y clarines resonaban en el bosque, todo lo olvidaba para pensar solamente en el «diablillo rojo».

Ahora bien uno de los huéspedes del cottage, antiguo amigo del baronet, llamado Jack Mangle se enamoró perdidamente de la hermosa Maud y púsose a hacerle una corte discreta, que aquella toleró con burlesca coquetería y para vengarse del abandono en que a veces le dejaba su marido.

Mangle a no haber estado tan preocupado con su «flirt» hubiera reparado en el trastorno y turbación que se apoderaban de la dulce Betsy al hallarse en su presencia, y es probable que sus pensamientos hubieran seguido un curso menos escabroso al enterarse del sentimiento que inspiraba a tan preciosa niña, sentimiento que únicamente conocía la vieja Clary tía y confidente de aquella.

Un día, mientras Sir Glenarvan hallábase en el bosque entregado a su deporte favorito, Mangle fué en barca hasta el pabellón rústico a donde solía ir Maud todas las mañanas a respirar el aire puro y fresco del risueño río, habló con ella de cosas triviales y acabó entregándole un ramo

L. Gaumont

de flores. —Hay en ellas una carta... dijo el atrevido así que aquella tuvo el ramo de flores en la mano, y mientras se alejaba río abajo.

Esta vez las cejas de la coqueta se fruncieron. El acto era atrevido y hasta irrespetuoso. Mas no obstante la curiosidad fué mayor que su enfado, y ella le impulsó a enterarse del billete que decía así:



...sentimiento que únicamente conocía la vieja Clary....

Maud respetada. Sé que no traicionará jamás a su esposo, mas también que no me siento con fuerzas para vivir lejos de Vd.

Le esperaré esta noche en la puertecilla del jardín. Por favor, huyamos y amémonos. Hasta luego o adiós.

Desdeñosa encojió los hombros, arrugó la misiva y la tiró al río.

Betsy que había contemplado esta escena con el corazón desgarrado esperó a que su cuñada se fuera del pabellón, y así que esta hubo desapa-

L. Gaumont

recido bajó al desembarcadero, tomó asiento en una esquife y se dirigió a fuerza de remos al centro del río en donde la carta arrugada era un minúsculo punto blanco. Pudo cojerla a costa de grandes esfuerzos, y leyóla, consternada. —Jack ama a Maud... y ésta quizás... Oh! pobre hermano



Más de repente oyose un grito de angustia y los dos hombres,...

mío! Un sollozo sacudió todo su cuerpo, mientras la barquilla sin gobierno deslizábase blandamente por la cinta de plata del río, festoneada de verde.

Eran las once de la noche. La luna bañaba con su luz nacarada la mansión de Sir Glenarvan y plateaba las copas de los árboles de su parque. Una puertecilla del «cottage» rechinó de pronto sobre sus goznes y dió paso a una forma femenina, tocada con amplio manto que ocultaba por completo sus facciones. Después de haberse cerciorado de que nadie espiaba sus movimientos, emprendió carrera en dirección a la parte extrema del parque y cayó sofocada en los brazos del caballero Mangle que esperaba junto a la verja de entrada, ansioso. Creyendo apenas en su felicidad, instaló el jóven a la fugitiva en su cabriolé, que arrancaba momentos después al galope furioso de dos «cobs» vigorosos.

Por un azar extraordinario Sir J. W. Glenarvan que había bajado al parque para dar a un picador instrucciones para la partida del día si-

L. Gaumont

guiente, había asistido a la fuga de la mujer tocada, y al seguir sus pasos y reconocer el manto que la cubría soltó tremendo juramento. Era su mujer Maud, que iba a una cita de amor! Mandó a su criado que ensillara su caballo, y momentos después galopaba por la carretera de Newcastle en seguimiento del cabriolé en donde iban su mujer y su amante.

El cabriolé se detuvo al cabo de una hora de carrera desenfrenada en la posada del Relevé de Postas. Mangle ayudó a bajar a su compañera, que en todo el camino no había desplegado los labios y que a sus libertades había opuesto una resistencia feroz, y la hizo entrar en la posada. Allí, en el cuarto que el hostelero les reservó, tampoco quiso descubrir su semblante y se encerró, a pesar de las súplicas ardorosas del joven, en un mutismo profundo.

Sir Glernarvan, entre tanto llegaba a la posada. Vió en el patio de ésta el cabriolé, de los dos fugitivos y furioso, a pesar de la resistencia del hostelero y de sus secuaces, se abrió paso hasta la habitación en donde se hallaban los amantes, y dirigiéndose a Mangle lo cojió rudamente por la garganta.

Mas de repente oyóse un grito agudo de angustia y los dos hombres vieron con estupefacción profunda a Betsy, que había arrojado al suelo su manto.

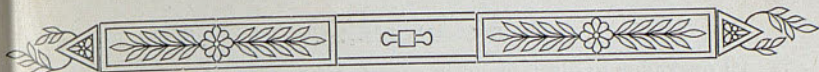
—Como... tú! exclama el baronet, confundido. En cuanto a Jack, pálido como la cera, no comprendía nada. Solamente veía que dos hermosos ojos rasgados y de sedosas pestañas dirigían a los suyos muda y elocuente plegaria.

Y no atreviéndose apenas a creer en su felicidad, recibió en sus manos que maquinalmente tendió dos manitas temblorosas, menudas y aterciopeladas, que estrechó ardorosamente mientras Sir Glenarvan decía:

—Amiguito mío!... os casaréis con ella .. la ley inglesa es formal sobre este punto... categórica.

Tan formal y categórica que quince días después se casaban los dos jóvenes y que un año mas tarde, día por día, vino al mundo un «baby» rollizo y blanco a ratificar una unión, de perfecta armonía y amor.





ARREBATO CIEGO

Drama

I

En su casa solariega de Cevennes, enclavada en los últimos contrafuertes del mismo nombre, vive Hector de Valrose con su joven esposa Susana los días radiosos de la luna de miel.

En el salón de severos artesonados, entre todo lo que puede aportar bienestar e inspirar apego a la vida, platican los dos jóvenes esposos saboreando con embeleso la dulce y serena tranquilidad de su amor.

Un lacayo viene a interrumpir su tierna charla, portador de una carta urgente. Abrela el Marqués con un gesto de fastidio y lee:

.. debo manifestarle que el traspaso de sus fincas de la calle Vannes exige su presencia en ésta. Ruégole se halle mañana a las dos en mi domicilio.—M. Morel.—Notario.

Hector de Valrose comunica la noticia a su mujer con un movimiento de contrariedad y empieza a hacer sus preparativos de marcha.

II

El Marqués se halla en París, y ambula distraído por sus calles de intenso tráfico. Viene de casa de su Notario y solo espera que llegue la hora de partir para Cevennes, a reunirse con su mujercita adorada, cuyo recuerdo no le abandona ni un instante.

De pronto un cinematógrafo llama su atención. Tiene una buena hora por delante antes de dirigirse a la estación y decide perderla allí. Además la obscuridad es propicia a la concentración del pensamiento, y ello le permitirá soñar despierto en Susana, que en el fondo de remota provincia espera impaciente su regreso.

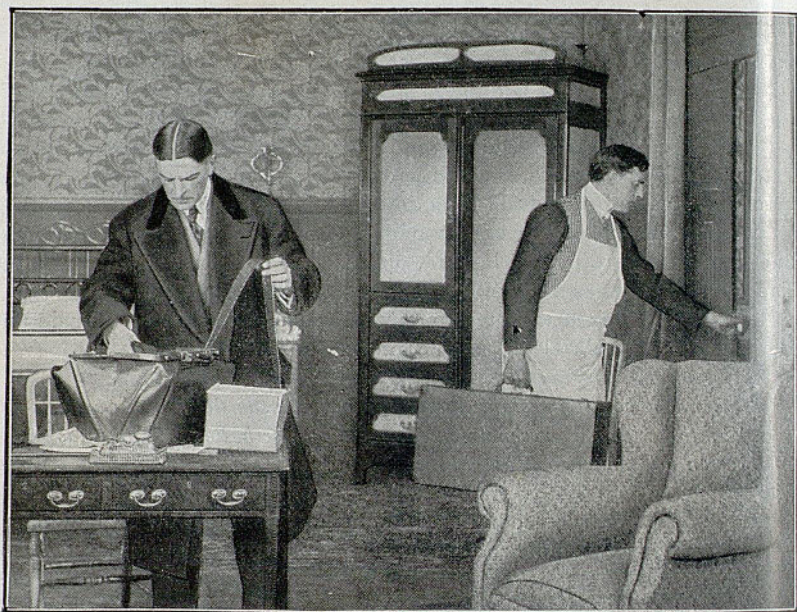
Es la fatalidad la que ha impulsado al Marqués a entrar en aquella sala, donde en aquel mismo instante se teje la trama de terrible tragedia.

El Marqués ocupa su asiento. Hácese la obscuridad y en la blanca pantalla se desenvuelven las cómicas aventuras de un héroe legendario del cinematógrafo.

L. Gaumont

El operador había tomado la escena en la vía pública, contando con la benévola participación de los transeúntes para dar mayor viso de verosimilitud a la acción de la comedia. Entre ellos veíase en segundo término una pareja, una joven apoyada con sencillez y gracia en el brazo de un joven de su misma edad, que atravesaba el campo del objetivo...

El Marqués Hector de Valrose medio se levantó de su asiento, presa de indecible angustia... La mujer que acaba de pasar ante la blanca te-



Hector la saca de la caja y sus dedos febriles desenvuelven la larga....

la, apoyada casi tiernamente, con esa actitud mimosa que tan bien conoce, en el brazo de un desconocido es Susana, su esposa Susana! Es ello posible?

¡Vamos! Es juguete de un parecido! La naturaleza ofrece muy a menudo singularidades de este género, desconcertantes, inverosímiles.

Sin embargo...

El marqués, casi convencido va a salir a la calle. Pero la imagen reveladora vuelve a torturar su mente y nuevamente la sospecha, la horrible sospecha reclámale una certidumbre.

Se dirige a un empleado y le pregunta a donde podría ir a procurarse la película que acaban de pasar. Es de la marca La Margarita, conocida en el mundo entero. Danle la dirección de la casa de venta y a ella se dirige el Marqués.

L. Gaumont



Llevar al Marqués, al Hotel en donde para, la cinta cinematográfica Hector la saca de la caja y sus dedos febriles desenvuelven la larga serpiente de celuloide, examinándola por medio de una lupa... Las imáge-



y con la misma aristocrática se ocupa de sus invitados

nes desfilan ante sus ojos ofreciendo las fases burlescas de la última aventura del payaso. Mas no es eso lo que su mirada ansiosa busca. Al fin llega a la escena de la calle... Y con dolor inmenso comprueba que no se había equivocado... Es ella, su mujer querida, en quien había puesto toda su fe, su amor, su confianza!

El Marqués queda anonadado por el golpe. Ante su felicidad que cree arruinada, ante su honor que cree traicionado, un temblor convulsivo agita todo su cuerpo. Enrolla la película, la guarda en su maleta, cierra ésta, y calenturiento, como loco, deja el Hotel y se dirige a la estación con el alma envenenada de dolor, de cólera y de resentimiento.

III

El Marqués regresa a su casa sin avisar a su esposa. Llega hasta la

L. Gaumont

alcoba en donde ésta reposa tranquila y pura. Su frente no parece escon-
der ningún mal pensamiento: no hay remordimientos en ese corazón que
bate tranquilamente. Hector vacila, un sollozo le atraviesa la gagan-
ta. Va a arrojarse sobre aquella a quien adora, a interrogarla brutalmen-
te, a escupirle en la cara su indignidad?

No, no lo hará. Sabe que a la primera lágrima estará desarmado.
Vale más que busque, que descubra.

Y va de mueble en mueble, abriéndolos o descerrajándolos, violando
las cartas, volviendo y revolviendo en la llaga el puñal de que su corazón
sangra... Es para volverse loco.

Susana es siempre la misma. Hector disimula su agitación interior
y vigila estrechamente a su esposa. Tiene ésta siempre la misma sonrisa,
llena de gracia y naturalidad, y con la misma cortesía aristócrata se ocupa
de sus invitados, organiza fiestas y veladas, enmedio de cuya alegría pa-
sea Hector, como un damnificado de Dante, el dolor profundo y secreto que
va royéndole lentamente las entrañas.

Sin embargo, en la conducta de su mujer no ve él, en ningún instan-
te, nada que refleje o descubra lijeramente un alma turbia, nada que re-
cuerde un pasado bochornoso...

IV

Una mañana, acabado el almuerzo, se dirige Hector a la terraza que
domina el Parque, a fumar un cigarrillo. En este mismo instante vienen a
traer a su esposa una carta, que ésta lee con creciente agitación, pálido
el semblante. Una sonrisa de alegría se dibuja en sus labios, mas sigue a
ella casi simultáneamente una expresión de inquietud y de irresolución.
Lucha un instante contra dos fuerzas distintas, una de las cuales le impul-
sa a dirigirse hacia donde está su marido, mas se deja arrastrar por último
por la contraria, y ordena a su camarera que preparen el coche, pues tie-
ne que salir.

Hector oye la orden. Sorprendido vuelve a entrar en la estancia
para interrogar a su esposa sobre aquel brusco cambio de decisión pues
cinco minutos antes le había manifestado el deseo de quedarse en el castillo.

De pronto su mirada tropieza con la carta dejada por su esposa en
un velador, se apodera de ella y la lee. Esta vez no le cabe duda alguna.
Es traicionado, burlado... El ser exquisito a quien había dado su nombre
era solamente un ser traidor y fementido. Esta alma de mujer que creía
pura está llena de perfidia y engaño y la sonrisa seductora, la claridad de
su mirada, la atmósfera de pureza en que parecía estar envuelta, no eran
más que una máscara puesta sobre aquel fango, aquella ignominia...

Una cólera terrible desfigura los rasgos del Marqués, un furor homi-
cida se apodera de su ser y abrasa su cerebro... Pero logra tascar sus
instintos de muerte... Su venganza será más refinada.

L. Gaumont

Susana se viste para ir al encuentro del hombre que le espera, del ladrón de honras a quien lleva su corazón enamorado... Pero no llegará. Los caballos de su coche se desbocarán y su carrera loca, ciega, acabará al borde del horrible precipicio del Orb, en cuyo fondo rugiente hallará digna tumba la mujer adúltera. El honor del nombre quedará así a salvo.

* * *

El Marqués baja al patio. El cocheró, inmóvil en su asiento espera a que la marquesa tome asiento en el carruaje. Hector ordena a aquel vaya a buscar una manta, y se queda solo. Entonces arranca el extremo de mecha de su encendedor, y la fija debajo de la testera del caballo de la derecha, ya asombradizo y difícil de guiar, y prepara, dejando que sobresalga una punta de esta mecha, el espantoso atentado que medita y cuyo epílogo se le aparece bien claro.

El cocheró vuelve, seguido a corta distancia de Susana. Esta monta en el carruaje. El marqués se acerca a ella y hunde su mirada en la de sus ojos negros, con feroz avidez: solo ve en ellos reflejado el amor, un amor religioso, profundo... Hector, dominando su rabia que le impulsa a ahogar entre sus brazos a la mujer infame, se aparta de su lado y acercándose a la cabeza del tronco, con un vago pretexto, enciende con su cigarro una punta de la mecha que al consumirse ha de causar en el animal intolérable quemadura junto al ojo y provocar su alocamiento.

El cocheró restalla la fusta y el carruaje sale ligero de la quinta, mientras el Marqués, hosco, sombrío, corre a encerrarse en su biblioteca, en donde para alimentar su odio y no dejar paso en su alma a los remordimientos vuelve a examinar con la lupa la película fatal.

* * *

El carruaje se desliza rápido, arrastrado por el tronco de bríosos caballos por la carretera del Orb, que más adentro costea el tremendo precipicio del mismo nombre.

El cocheró nota de repente síntomas alarmantes en el caballo de la derecha, en quien el chirporroteo de la mecha, próximo a consumirse, empieza a molestar, y vagamente inquieto, trata a latigazos de moderar sus ímpetus.

Mas es en vano. El animal siente ya la quemadura y se encabrita y relincha de dolor: su alocamiento contagia a su compañero y una carrera desenfrenada, trágica, tiene lugar a través de la blanca carretera. La Marquesa echada en el fondo del carruaje, sacudida violentamente por los bruscos vaivanes que a aquel imprimen los caballos desbocados grita perdidamente y cierra los ojos.

El cocheró, extenuado de hacer esfuerzos, vuelve hacia su ama un rostro que el terror descompone.

—¡Señora... estamos perdidos!... ¡los caballos están desbocados y el precipicio... está a medio kilómetro!

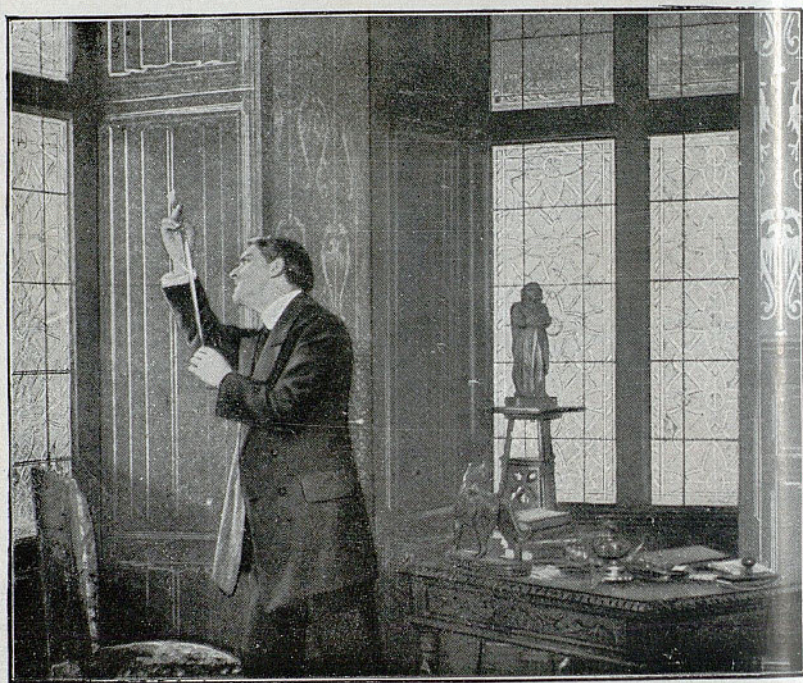
Luego jugando el todo por el todo se tira de su asiento y cae en la

L. Gaumont

cuneta de la carretera, dejando a la Marquesa, aterrada, abandonada sin recursos a la carrera furiosa de los animales locos.

Entre tanto un lacayo entrega a Hector de Valrose una carta, que aquel abre con gesto maquinal.

Dice la carta:



Y hubiera creído en una pesadilla a no tener ante sus ojos la imagen...

Muy Señor mío: Quizás Susana le haya hablado ya de su hermano Rogelio. Le imploro por favor, permítame que abrace a mi hermana. Es verdad, he cometido una grave falta, una falta tal que hube de irme expatriado, renegado por los míos; pero estoy seguro que mi hermana no me guarda rencor y no me ha olvidado. Por pocos días en Francia, mi único deseo es verla... Le he fijado una cita más no la he hallado...

Sin acabar de leer la carta precipítase loco, extraviado, en dirección a los aposentos bajos, de entrada, y se encuentra frente a frente con un hombre que reconoce... Es el que en la película daba el brazo a su esposa.

—Es usted su hermano?—interroga, creyendo delirar.

—Sí... y le ruego...

L. Gaumont

Mas el Marqués no le deja continuar y corre a las caballerizas pidiendo a gritos, como un insensato, un caballo. Dánselo, monta en él de un salto y se lanza a todo galope por la carretera del Orb.

Hector devorando el espacio sigue el surco que han dejado las ruedas en el polvo de la carretera. Comprende, al ver la desigualdad y el zigzaguar de los surcos el drama espantoso que ante él debe desarrollarse. Espolea furioso el caballo y ensangrenta sus ijares.

Llega al precipicio. Tras el recodo de la carretera, en el borde mismo del precipicio ve Hector los restos del coche. Susana no está allí. Su pobre cuerpo ha debido rebotar de piedra en piedra y despedazado por ellas sumergirse en el torrente.

Hector baja, resuelto a no sobrevivir a aquella a quien tan cruelmente ha inmolado en su ciego arrebato.

Dios debía un milagro a Susana. No podía dejar morir de modo tan atroz a esta mujer, a esta niña, cuya falta única ha sido ocultar a los ojos de aquel a quien ama con todas las fuerzas de su alma, al ser desterrado y renegado por los suyos, a quien la frivolidad había arrastrado hasta la falta, y cuya existencia por pudor escondía.

Susana vivirá Vémosla restablecida de sus heridas, apoyada en el brazo de Hector, y sonriendo a su hermano.

El espantoso drama, de todos ignorado, constituye para el Marqués un constante y terrible reproche, cuyo recuerdo perdurará siempre en su pecho henchido de amor y de arrepentimiento.



Abnegación y caridad



Dramática

Desarróllase la primera parte de este drama en el despacho de la Embajada de una modesta potencia extranjera aliada a Francia, pequeño país belicoso y valiente de la península balcánica. El Embajador platica con dos de sus agregados que le enteran del correo diplomático.

Las noticias son malísimas.

Las relaciones ya muy tirantes con otra potencia balcánica van agravándose por momentos y aunqu no están abiertas aún las hostilida-

L. Gaumont

des recibe el Embajador la misión urgente de acelerar todo lo posible la entrega de municiones de guerra y aeroplanos, encargados, por su país a la industria francesa.

En esto viene a solicitar un pasaporte Solange de Valfontaine, una señorita perteneciente a la alta aristocracia parisiense, ser delicado y frá-



Llevada a presencia del Jefe de Estación, cuenta a éste estremecida...

gil que no teme afrontar los peligros de la guerra para prestar su concurso abnegado a la obra noble y santa de la Sociedad de Damas de la Cruz Roja a que pertenece.

El Embajador, tras de una corta vacilación causada por el aspecto delicado y débil de la joven se decide por fin a firmar el pasaporte.

Va a retirarse la admirable joven cuando aparece en la estancia Raul Nikola, agregado a la Embajada y encargado de la valija diplomática. El Embajador lo presenta a Solange, y el joven agregado le ofrece sus servicios para cuando lleguen al campo de operaciones.

L. Gaumont

Así que se quedan solos el Embajador da a leer a su agregado la carta más importante de las que encierra la valija diplomática que ha de llevar sin tardar al Cuartel General.

La carta dice:

Le informamos que el convoy de municiones de guerra y aeroplanos encargados pasará la frontera mañana con dirección a ese Cuartel General. Se ha hecho lo necesario para la franquicia en país neutro. Dios les conceda la victoria!

De este modo el mensajero podrá formular de palabra la comunicación, si por una circunstancia imposible de prever desapareciera o fuera destruido el documento.

* * *

El Embajador tenía razón al temer la desaparición del documento. Es un diplomata curtido en la carrera y sabe los lazos e insidias a que generalmente están expuestos los correos de las embajadas.

En efecto dos espías, pagados por la potencia enemiga, acechan alrededor de la embajada. Han recibido momentos antes un telegrama de los suyos avisándoles que el correo salía aquella misma tarde, y que sería interesante en alto grado saber el contenido de la valija.

El problema se presenta arduo, mas no imposible de resolver: Hay que obrar con fuerza y astucia. Son conocidos en el mundo diplomático: su marcha inopinada puede despertar sospechas. Es preciso pues pasar desapercibidos, la ausencia necesaria para cometer el crimen ha de ser por consiguiente cortísima: nadie la notará, ni siquiera los dos viajeros que montarán en el tren y que se apearán de él como todo viajero tiene derecho a hacerlo. Precisamente hay en el transcurso una estación termal: para esta localidad se tomarán los billetes. Entre ella y París hay cuatro horas de rápido. Es mucho menos de lo que se necesita para preparar y llevar a cabo el golpe.

Los dos agentes secretos transforman en un abrir y cerrar de ojos sus fisonomías. Uno caracteriza al amo, el otro al lacayo. El amo parece achacoso: gafas negras protegen su vista debilitada; el brazo de su lacayo sostiene su marcha vacilante.

Así preparados se trasladan a la estación.

* * *

El joven agregado a la Embajada, Nikola, toma asiento rápidamente en su compartimiento. Detrás de él vienen los dos agentes disfrazados de amo y criado, los cuales con miles dificultades suben a su vez al mismo compartimiento.

A punto el tren de arrancar llega a la estación la Señorita de Valfontaine acompañada de las dos damas directoras de la Junta de la Cruz

L. Gaumont

Roja. Se despide de sus compañeras y esforzada sube a su compartimiento contiguo al ocupado por Nikola y los dos agentes secretos.

* * *

El tren marcha a una velocidad fantástica. Las últimas edificaciones de París se han dejado ya atrás y ahora entra en plena campiña.

Nikola pone la valija en la redecilla e indiferente contempla el paisaje.

Un tunel se acerca, un tunel propicio a los planes criminales de sus compañeros de viaje. Los dos se preparan con cautela y cuando el tren se hunde en las tinieblas del túnel, los revólveres brillan y la orden de «Arriba las manos» saca bruscamente a Nikola de su modorra. Mas lejos de obedecer se arroja como un león sobre los miserables y entabla con ellos la lucha, lucha a la que asiste horrorizada Solange a través del ventanillo de su compartimiento.

Es aquella de muy corta duración. Solo, sin armas, contra dos hombres fuertes, decididos y armados, no tarda en caer desvanecido atontado por los golpes de culata, asestados por los miserables con inaudita furia.

Los dos bandidos abren la puertezuela y arrojan el cuerpo del desdichado a la vía. Mas al volverse para cojer la valija uno de ellos ve tras el ventanillo dos ojos agrandados por el terror. Dos ojos que han sido testigos del crimen, dos ojos que han visto y cuya luz vengadora hay que apagar...

Mas Solange comprende el peligro que le amenaza, como también tiene conciencia del gran deber que le incumbe. Hay que vivir para vengar al muerto, castigar a los culpables y desbaratar su infame complot.

Accionar la señal de alarma? Imposible, los asesinos la acechan con el dedo apoyado en el gatillo de sus revólveres. Un movimiento hacia el botón de alarma y es muerta.

Resuelta abre entonces la portezuela y baja al estribo. El tren prosigue su carrera rápida, implacable. Agarrada a los pasamanos de cobre, con el rostro azotado por el viento, cegada, desfallecida va de estribo a estribo hasta los topes que unen los vagones. Allí espera poder sustraerse a los dos bandidos, cuyos revólveres dirigidos hacia ella, amenazan su vida. Uno de ellos apunta, va a hacer fuego, cuando un rápido pasa en sentido contrario y obliga a los bandidos a entrar apresuradamente en su compartimiento.

El rápido pasa rozando la silueta trágica de Solange aferrada al pasamano, y que temiendo no poder resistir el vértigo había cerrado los ojos...

Los dos cómplices no pudiendo creer en tanta energía en una débil mujer, suponen que ha caído a la vía vencida por el vértigo y no llevan más lejos su peligrosa persecución.

L. Gaumont

Solange ha hallado en los topes un refugio seguro y solo espera la primera estación para poner a los miserables en manos de la justicia.

Los dos cómplices saltan a la vía antes de que el tren pare por completo y desaparecen en el campo, poseedores del secreto que puede arruinar en parte las esperanzas de quienes esperan el convoy de municiones.

El tren se para y la desdichada jóven es descubierta, casi sin sentido aferrada con la desesperación del instinto a los topes de un vagón. Llevada a presencia del Jefe de Estación cuenta e este, estremecida, el horrible crimen de que ha sido testigo.

Algunos gendarmes y factores se precipitaron en dirección al túnel fatal y volvieron poco después llevando en una camilla a Nikola mal herido, encontrado sin sentido en la cuneta de la vía.

Vuelto en sí entera a la valerosa jóven del contenido del documento de que era portador, anunciando a la salida del convoy de municiones de guerra.

Contra este convoy había de dirigirse los esfuerzos de los bandidos.

Habría que salvar pues este convoy a cualquier precio, aún a precio de la vida

Solange comprende. Ella será quien intente lo imposible. Telefonéase inmediatamente a la frontera, avisando se pongan en guardia contra unos bandidos animados de criminales designios. Solange se procura un automóvil y guiado éste por un chauffeur hábil y en compañía de varios gendarmes armados hasta los dientes se dirige hacia la frontera.

A algunos kilómetros de la estación existe un puesto de agujas. Allí se puede, y los bandidos lo saben, precipitar el tren cargado de municiones contra otro tren que viene en sentido inverso. Todo consiste en apoderarse del puesto de agujas, maniobrar estas y cambiar la dirección del convoy poniéndolo sobre la vía n.º 2 en lugar de dejarlo que continúe su marcha sobre la vía n.º 1.

El guarda agujas está en su puesto leyendo tranquilamente un periódico. Los dos espías llegan hasta él escondiéndose tras las matas. Encorvados escalan el terrapién. El guarda agujas los ve entonces y les intimó la orden de retirarse de la vía. Mas ellos, lejos de obedecerle se abalanzan a él, revólver en mano, y le hacen abandonar su puesto. Mientras uno de los cómplices vigila los movimientos de los demás guarda agujas del puesto, revólver en mano, el otro maniobra las palancas.

El tren corre a su pérdida...

Mas no! no se dirá que la energía, el valor y la abnegación de Solange se hayan desplegado en balde. El automóvil libertador llega a velocidad vertiginosa; el chauffeur lo para en seco; apéanse de él los gendarmes, escalan el terraplán y atacan denodadamente a los bandidos, que los reciben a tiros. Los gendarmes hacen buen uso de sus armas: uno de los

L. Gaumont

cómplices cae al suelo muerto. El otro, herido gravemente, rueda sin sentido.

El guarda agujas presa de una emoción fácil de comprender, mas dominado así mismo por el espíritu del deber, pone las agujas en orden y



El azar ha colocado en dos camas inmediatas a la víctima y al agresor...

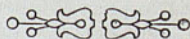
el tren, salvado de la catástrofe, pasa, a todo vapor llevando en sus flancos la esperanza de todo un pueblo.

* * *

El hospital a donde los dos heridos han sido trasladados.

El azar ha colocado en dos camas inmediatas, a la víctima y al agresor, mas entre ellos se yergue la delicada silueta de Solange de Valfontaine, como la imagen de la piedad y de la compasión.

Va de una a otra cama repartiendo por igual los tesoros de caridad de su alma de heroína y de santa. Su corazón no hace distinguos ante el dolor humano, pero si uno de sus heridos está reservado a la justicia de los hombres, quizás el otro está destinado a su ternura, pues en el seno mismo del dolor nace y florece el amor.





El campeón del trombón



Cómica

Zacarías Elbuche era trombón, lo cual no le impedía ser un muchacho simpático, listo y servicial. Ocupaba en las alturas de un inmueble de tantos pisos como pecados capitales, una habitación modestísima con vistas



al patio, lo que le permitía ver asomar, una ventana más abajo, el más lindo palmito con que soñar pudiera uno.

Zacarías se enamoró como un loco de Eufrasia, que así se llamaba su vecinita, y como los sentimientos que esta sustentaba por el músico no eran menos dulces, un delicioso idilio floreció entre las dos ventanas.

L. Gaumont

Don Prudencio Modrego, padre de Eufrasia, sorprendió un día a su hija en culpable conversación con el ruidoso vecinito, y como sabía que este solo poseía por hacienda su trombón y su juventud, hacienda como se ve poco hipotecable, como hombre práctico e insensible que era intimó a su hija la orden terminante de no volver a hablar ni una sola palabra más con el músico.

Don Prudencio se retiró a su despacho, concluido el sermón, dejando a su hija enfurruñada y nerviosa. Púsose, a recorrer el periódico con la vista cuando un artículo arrancó a su pecho gozosa exclamación.

«Recuérdase el original legado de 20,000 duros de aquel extravagante que en vida se llamó Don Cadmo Reo, inventor del pito «Reo» y de otros instrumentos musicales, al trombón que lograra tocar 24 horas consecutivas y sin pararse la «Rapsodia Comanche». Ningún músico ha podido batir hasta ahora tan singular record. El plazo impuesto por el testador expira mañana y pasado el mismo ingresará la referida suma en las arcas del Tesoro.

Están prevenidos los trombones heróicos!

Eufrasia abrió la ventana y llamó a Zacarías. Este, a su indicación dejó caer una cuerda. La joven ató a su extremo el periódico y momentos después se enteraba el trombón del singular artículo.

Don Prudencio, que por sí lo hemos olvidado decir, desempeñaba las funciones de notario, escribano y otras de la misma jaez, estaba en su despacho, ante la mesa recargada de polvorientos legajos, cuando vió aparecer ante él la exacrada figura de Zacarías, el infame y musical tenorio.

—Como, imprudente. Osais...

Pero Zacarías no le dejó concluir y atajó su indignación con un gesto frío:

—Vengo a requerirle para que extienda un acta de atestiguación. Si no quiere usted encargarse de esto me verá obligado a recurrir a uno de sus colegas.

Este lenguaje varió por completo las disposiciones de Don Prudencio, el cual invitó a Zacarías a explicarse.

Enterado de lo que se trataba se puso el sombrero, preparó papel sellado pluma y tintero y siguió al joven hasta su habitación.

Zacarías empezó a preludiar los primeros acordes de la «Rapsodia Comanche» a las 12 en punto, a presencia del escribano.

En el tercero vivían dos recién casados. El efecto que en ellos produjeron las melodiosas notas de la «Rapsodia fueron acariciantes y un

L. Gaumont

tanto trastornantes, y reavivaron el resplandor de los rayos suaves de la luna de miel.

En el segundo vivía un matrimonio ya más machucho, dotado por la pródiga naturaleza de una abundosa prole. En el y ella aquellas notas resultaron francamente menos discordantes que las del panadero y carnicero, y las escucharon casi embelesados.



Las horas pasaban pero Zacarías continuaba resoplando...

En cuanto a la prole, la música atenuó algo su salvajismo natural.

En el primero tenía sus oficinas la razón social Ataúlfo Sigerico y Compañía. Los empleados al oír la «Rapsodia Comanche» bendijeron a aquel desconocido que rompía con su música la atroz monotonía de su trabajo. La mecanógrafa se esforzaba en teclatear a compás de la melodía, en detrimento del escrito, y hasta Don Ataúlfo dejaba por un instante su natural cerril para contemplar con una beatífica sonrisa la expresión de gozo que se reflejaba en los semblantes famélicos de sus empleados.

Pero las horas pasaron. Zacarías siguió resoplando como un foragido en su instrumento, mientras Don Prudencio con los oídos taponados de algodón luchaba contra el sueño que se iba apoderando irresistiblemente de su abotagada persona. Con las horas los efectos de la música en los inquietos de la casa fueron transformándose.

L. Gaumont

A las 19 horas los recién casados del tercero llegaban a las manos y se prodigaban epítetos a cual más injuriosos.

El segundo era un rincón de la Zululandia. Los esposos se habían echado en cara todas sus faltas, pecados y pecadillos respectivos y estaban a punto de dejar a las manos la continuación de la querrela. La prole, cada vez más selvática, se subía a los muebles y lo pulverizaba todo.



Enjugó su sudor. Le dió un poco de agua, y mientras la bebía...

En el primero la resistencia de la «Rapsodia» cambió también por completo el aspecto de los empleados. Hasta el mismo Don Ataulfo sentía perder la razón... social.

Aquel estado de cosas no podía durar más tiempo. Y todos los vecinos, los del tercero, segundo y primero amotinados se dirigieron en imponente y vociferante comitiva a la portera, Señora de Escoba y Soplillo del lugar pidiéndole la cabeza del músico.

Faltaban catorce o quince minutos para las 24 horas. Don Prudencio dormía profundamente. En cuanto al desdichado Zacarías, en un estado que daba compasión verle, soplabla y resoplabla, casi sin alientos.

Eufrasia subió a la habitación, conmovida, llena de piedad y amor hacia el hombre que se infligía, por su cariño, semejante suplicio y que con una perseverancia y fe robustas lo infligía también a los otros.

Enjugó su sudor. Le dió un poco de agua, y mientras la bebía el

L. Gaumont

misero agradecido, cojió ella el trombón y sopló lo bastante para que no se notara ningún intervalo. Si hubo una nota falsa, nadie lo notó.

Entre tanto los vecinos subían por la escalera profiriendo gritos de muerte. Eufrasia entonces, encaramada en una silla juntó las agujas que separaban una miseria de cuatro a cinco minutos y despertó a su padre...



... Rodearon a Zacarías, solícitos, y acabaron por llevarlo en triunfo...

—Basta!—gritó este al comprobar la hora.—Habéis batido el record!

Los vecinos entraban en aquel mismo instante. Quisieron arrojarle sobre el desdichado trombón, echado en una silla extenuado y sin alientos; mas Don Prudencio se irguió ante ellos y gritó con voz extortórea:

—Deteneos desdichados!... Aclamad a Zacarías Elbuche, mi futuro yerno, recordman del mundo del trombón, ganador del legado de 20.000 duros!

Y los vecinos, a quienes el fin de la «Rapsodia» había calmado sus instintos sanguinarios, rodearon a Zacarías, solícitos, y acabaron por llevarlo en triunfo.



LA DOCTORA



Comedia

Aquella mañana se levantó Rigoberto Mochaleta, un distinguido pollo «juerguista» de profesión con una cabeza tan cargada que temiendo hiciera explosión al menor choque mandó a su criado Bautista, con tono doliente, por un médico.

Mientras su criado cumplía el encargo, púsose a abrir la correspondencia de la mañana. Entre las cartas hubo una que hizo en él un efecto sorprendente. Decía así:

Mi querido sobrino: Llego por el tren de las 9^h 40 y te traigo los quinientos duros que me has pedido.—Mamerto.

Esta misiva descargó su cabeza, y su semblante poco antes fúnebre tornóse alegre como unas castañuelas. Resolvió sin tardar ir al encuentro de su tío que en aquel momento encarnaba la oportunidad y la bondad mismas, y sin aguardar la llegada del médico se encaminó ligero en dirección a la estación.

Bautista no encontrando en casa al doctor habitual de su señorito, ocupado según dijo su criada en una importante operación de cambio (de vísceras) se decidió a recurrir a los auxilios de una doctora recién fijada en el barrio. Hallabase libre y siguió a Bautista hasta la casa de su amo. Aquel la hizo sentar en el gabinete de trabajo (oh! ironía!) de su señorito y fué a avisar a éste. Mas en vano recorrió la casa y registró todos sus rincones. Su señorito había desaparecido sin dejar rastro de su paso! Reflexionaba sobre lo extraño del caso cuando llamaron a la puerta. Era Don Mamerto, llegado a la estación con algún adelanto. Bautista lo hizo entrar en el gabinete en donde esperaba la doctora y se retiró a la cocina, incapaz de hallar una explicación a tal misterio.

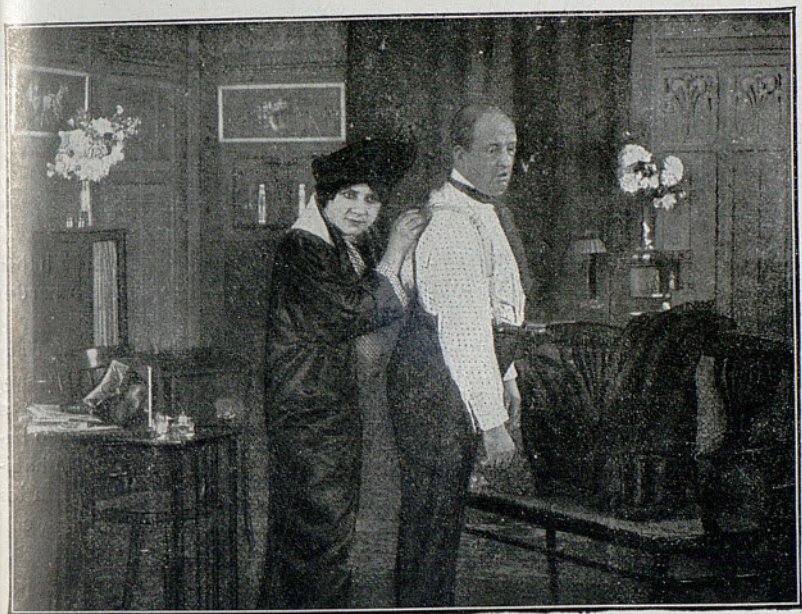
La doctora al ver a Don Mamerto pensó para sus adentros: este es el enfermo... En cuanto a aquél, por su lado, soliloquió examinando a la intrusa: Esta debe ser indudablemente la amigueta del pícaro de mi sobrino... Pero la Doctora, impaciente cortó bruscamente sus reflexiones ordenándole con tono imperativo que se desnudara.

Al oír formular por la desconocida tan monstruosa pretensión el asombro y el estupor paralizaron al bueno de Don Mamerto. Mas la doctora sin darle tiempo para protestar se acercó a él y rápidamente le desa-

L. Gaumont

brochó americana y chaleco, aplicándole enseguida bajo el sobaco, un minúsculo aparatito.

Aquí el asombro del tío de Rigoberto llegó a su fase última: congestionado, a punto de estallar desasíóse con un movimiento rápido de los



brazos de la doctora, agarró la ropa y salió huyendo de la estancia.

La doctora sorprendida asimismo de la conducta de su extraño cliente, y achacándola a un ataque súbito de locura, dejó su tarjeta sobre la mesa y se fué.



Entre tanto Rigoberto, cansado de esperar en la estación, volvió a su casa: Allí le entregó su criado la carta siguiente de su tío que leyó consternado:

Sobrino: No me place ni pizca representar el papel de Jose junto a Doña Putifar, su sugestiva huesped. No solamente me llevo los quinientos del ala, sino que le desheredo. Adios, Mamerto, su tío.

L. Gaumont

En vano pidió la explicación de aquello a Bautista. Este, de un natural un tanto zote, no supo dársela y se limitó a contarle aquel rápido entrar y salir de gentes durante su ausencia, que no había dejado de desconcertarle y embrollar sus ideas, no muy nítidas ciertamente.

La tarjeta dejada por la doctora y que así decía:

DOLORES DE RABADILLA

Especialista de las Enfermedades del Cuero Cabelludo

Consulta de 1 a 3.

arrojó alguna luz al misterio. Rigoberto queriendo saber lo que había pasado entre la sapientísima señora y su tío, se dirigió a su casa sin perder un instante.

Llegó y le introdujeron hasta el despacho de la Doctora. Verla y amarla, pues por si no lo hemos dicho era la médica mujer apetitosa y sugestiva, fué para el joven Rigoberto todo uno. Acercóse apasionado a ella y le pintó su pasión con vivos colores. Mas la Doctora, creyendo hallarse en presencia de un loco, hizo sonar el timbre. Entraron en la habitación dos enfermeros, se apoderaron del fogoso pollo y aplacaron los ardores de su temperamento y los residuos de su fiebre de la mañana, con la aplicación de una ducha, fría y copiosa.



Don Picorete se casa...
Calino también



Cómica

Don Picorete había resuelto casarse con el objeto de sus ansias y anhelos, una doncella virtuosa y recatada, hermosa como un angel y cuya edad no pasaría de ciento veinte lunas, como diría Ojo de Perdiz, un jefe comanche con cuya enemistad me honro.

Llamábase Dolores y era hija del Doctor Cayo, sapientísimo hombre de ciencia cuya obra sobre la Caspa, la Cáspta y sus complicaciones, le valieron el título de hijo adoptivo de Porqueriza del Entenado, en donde tienen lugar estos acontecimientos.

L. Gaumont

Ahora bien nuestro distinguido amigo Calino decidió también por aquel entonces tomar estado. La elegida de su corazón no le iba en zaga ni en belleza ni en distinción a la de D. Picorete: llamábase también Dolores y era hija por derecho propio de Kostado, de la razón social Kostado, Bolichez y C.^a fabricantes de Escafandras y Alpargatas (Proveedores de la Real Casa).



En esta refriega general cayeron en síncope varias mujeres y...

Hasta aquí todo es natural y corriente. Lo que no es natural y sale de los límites de lo corriente es que tanto Calino como D. Picorete escogieran para llevar a cabo su funesta determinación no solamente el mismo día sino la misma hora y el mismo minuto.

El Delegado del Gobierno al ver entrar en la sala las dos comitivas no perdió los papeles por la sencilla razón de que los tenía sujetos con presillas, pero sí tuvo un momento de confusión y de desaliento.

Las dos parejas se acercaron a su mesa, seguidos de sus correspondientes deudos. (Las deudas se quedaron en casa).

—¡Doña Dolores de Cayo—dijo el funcionario con la voz gangosa que es de rigor en estos casos.—¿Está V. dispuesta a aceptar por marido a D. Picorete aquí presente?

L. Gaumont

—¡Sí!—dijo Calino conmovido.

—Doña Dolores de Kostado, ¿estáis dispuesta a aceptar por marido al Sr. Calino, aquí presente?

—¡Sí!—volvió a repetir Calino, doblemente conmovido.

El Delegado miró por encima de sus antiparras a aquel desalmado que se atrevía a aceptar simultaneamente a dos esposas igualmente bellas y virtuosas y le dijo con una voz que se hacía por momentos más gangosa: —Si V. acepta a Doña Dolores de Kostado, no puede aceptar a Doña Dolores de Cayo...

Don Picorete que hasta aquí había permanecido mudo como un sobre, al oír pronunciar el nombre de su futura salió de su mudez y se lió a puñetazos con Calino.

Hubo por esta razón un barullo indescrptible, al que pusieron término varios números de la guardia civil que desalojaron el recinto con la amabilidad que en ellos es característica, y con uno que otro culatazo bien aplicado.

El azar presidía aquel día los destinos de ambas familias, pues momentos después de la deplorable escena que acabo de describir con torpe máquina, se encontraban nuevamente en un mismo restaurant y en la misma sala. Las dos mesas, fijadas paralelamente, estaban cuajadas de flores preciosas y de platos exquisitos y abundosos.

Por una simple cuestión de prioridad en la colocación de sus respectivas esposas llegaron nuevamente a las manos D. Picorete y Calino, y en la refriega general a que este incalificable acto dió lugar cayeron en síncope varias mujeres de sistema nervioso sensibilísimo y se desvanecieron numerosos portamonedas.

Tras de un intervalo de tregua de escasa duración, volviéronse a encontrar nuevamente las dos familias en el jardín del restaurant lugar de recreo y de esparcimientos varios. Don Picorete acaparó para sí el columpio único que existía y como Calino lo quisiera también para él hubo por este motivo otra refriega que se terminó por la caída de los ocupantes del columpio sobre una mesa bien surtida, sembrando la consternación y la ruina entre los miembros de una familia apacible, agena por completo a las rencillas y rencores que separaban a nuestros amigos.

Esto amén de los sustos, contusiones y desmayos trajo por consecuencia lógica una nueva disputa entre los dos novios, de la cual salió uno con el ojo enlutado y el otro con una nariz de tipo africano puro.

El hostelero que solo tenía una habitación disponible la ofreció a las dos parejas de novios para que descansaran de las fatigadas pasadas y se abandonaron a toda suerte de voluptuosidades lícitas. Mas fuera que la habitación estuviera oscura o el hostelero borracho, fué el caso que las parejas se trastocaron y cuando la luz se hizo viéronse frente a frente, Calino con Dolores de Cayo, y D. Picorete con Dolores de Kostado.

L. Gaumont

Al primer instante de estupor siguió uno de beatífica admiración. Don Picorete hallaba a su nueva compañera gracias y encantos que no tenía la otra, y Calino por su parte comprobaba que la que le había depa-
rado el azar se acercaba más que su elegida al tipo soñado de la perfec-
ción física.

Y corro un velo sobre la escena que siguió a este doble descubri-
miento y corro a la taberna más próxima a calmar con un sandwich de fi-
lete la sed que me ha producido el relato de esta lamentable historia.



(La Vida Acuática)

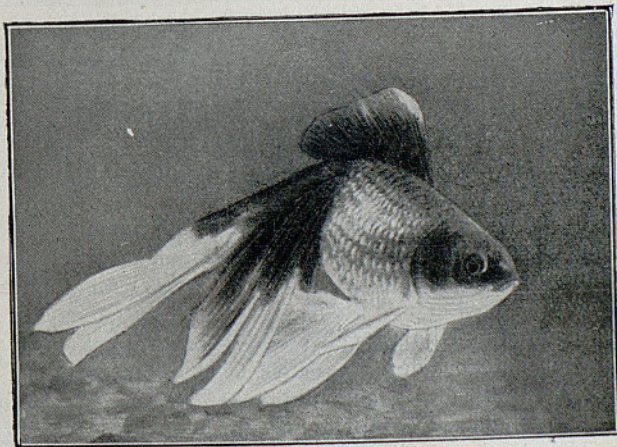
PECES EXOTICOS



Científica

Tanto por sus colores como por sus formas son los peces exóticos
más curiosos y más raros que los de Europa.

Entre las variedades que nos presenta esta película la más curiosa y
repulsiva al mismo tiempo es la que aparece en primer lugar con el nom-
bre de Pez telescopio de ojos saltones: estos son casi tan gruesos como la
cabeza y dan al animal un aspecto poco agraciado. Dícese que los chinos



encerraban los pececillos rojos en moldes de hierro que solo dejaban libres
los ojos, que crecían entonces desmesuradamente, mientras el resto de su
cuerpo quedaba comprimido en este estuche bárbaro.

L. Gaumont

Una variedad china de pez rojo, pero mucho más graciosa que la anterior es la representada por el pez de cola empenachada, que aparece en segundo lugar.

Luego viene el pez trepador de las Indias, una especie de minúsculo tiburón de luengos mostachos; el sacobranquio y el hemicromis, de mil facetas brillantes y cuyo cuerpo se asemeja a un tablero de damas multicolor: luego el heros fascetus.

El pez que sigue, con cola de espada, originario de América tiene el cuerpo estriado de un fino arco iris. En fin, el macrópodo dorado, de largas aletas, presenta preciosos colores.

Terminase esta película con la presentación de un axolotl, que solamente hasta hace poco se reconoció por la larva de un batracio muy extendido en Méjico y conocido con el nombre de amblióstoma. El axolotl participa del lagarto, del pez y del batracio: tiene branquios que desaparecen con la edad y se alimenta vorazmente con carne.

Compuesta de clichés soberbios esta película nos da a conocer un rincón del mundo misterioso de la fauna acuática y no ciertamente el menos interesante...



La feria de Nijni-Novgorod



Documentaria

Nijni-Novgorod está situada sobre la margen derecha del Volga, y en la confluencia de este río con el Oka. Es la capital del Gobierno civil y Militar de este mismo nombre.

Todos los años, del 25 de Julio al 10 de Septiembre celébrase una feria que puede considerarse como la mas importante del mundo, tanto por el movimiento de los visitantes como por el valor total de las transacciones efectuadas.

La población de Nijni-Novgorod de 100.000 almas en tiempo ordinario llega a ser, en época de feria, de 300.000 habitantes.

Antes era Makariw la ciudad que beneficiaba de esta feria, pero desde 1817 fué trasladada a Nijni-Novgorod.

Esta capital, triste y silenciosa de costumbre presenta, al llegar la época de la feria, una animación extraordinaria. Diez razas diferentes de negociantes europeos y asiáticos fraternizan allí, bajo la influencia de las transacciones mercantiles.

L. Gaumont

La feria se levanta en las afueras de la ciudad; en una vasta planicie situada al otro lado del Volga se levanta el Palacio provisional del Gobernador General, en donde reside este alto funcionari6 mientras dura la feria, que a causa de los elementos de que se compone, exige una vigilancia estrecha.

Cúbrese entonces esta planicie de casas de madera, dispuestas simétricamente de modo que entre una y otra quede el espacio preciso para que pueda circular el público cómodamente. Cada aglomeración de estas casas forma un barrio diferente, destinado a una rama especial de comercio. Hay barrios de hierro, de pieles, de lanas, de maderas, de tejidos, de pescados secos, de campanas, de cueros, etc...

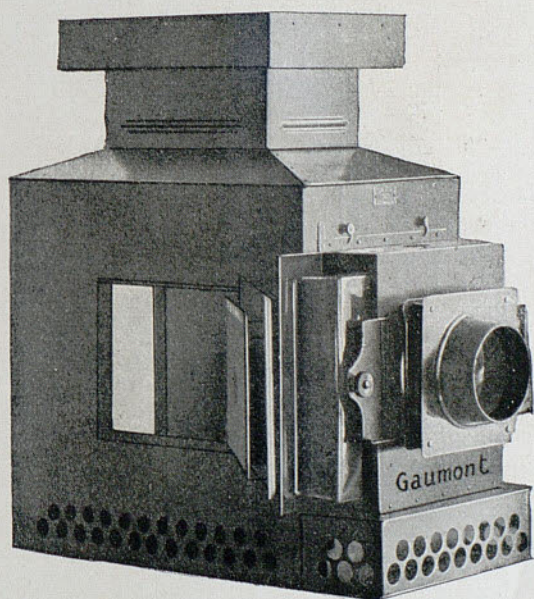
No puede dar ninguna descripción idea del movimiento, bullicio y algazara que reina en estos distintos barrios, en época de feria, y únicamente la interesante película que con este título presentamos al público es reflejo fiel y exacto de la realidad.

Cálculase que la cifra de transacciones hechas en esta feria no es menor de cien millones de rublos, o sea unos cuatrocientos millones de pesetas.



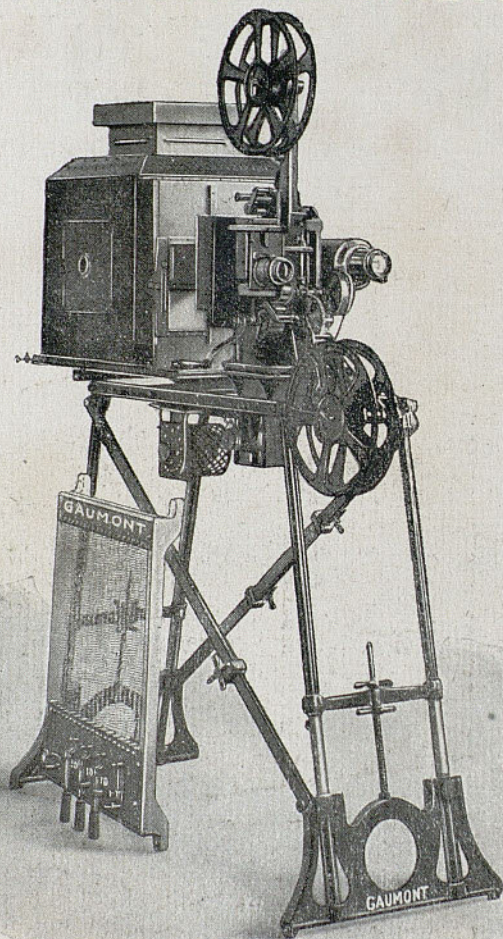


LINTERNA GAUMONT



de 100 amperes

Modelo de una instalación cinematográfica
Gaumont enteramente metálica con
CRONO CRUZ DE MALTA



para proyecciones animadas y fijas